

HOWARD
GARDNER

VERDAD,
BELLEZA
Y BONDAD
REFORMULADAS

La enseñanza de las virtudes en el siglo XXI

Gardner, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales 2011, expone en esta obra cómo han evolucionado la verdad, la belleza y la bondad a lo largo de la historia, y describe los nuevos retos que se nos plantean para dotarlas de sentido. ¿Cómo distinguir la verdad de las medio verdades en la era de internet? ¿Cómo juzgar la belleza cuando muchos artistas modernos la consideran una virtud anticuada, y cuyas obras pretender más bien causar impacto que placer en el espectador? ¿Y cómo distinguir lo bueno de lo malo, cuando la moralidad está politizada y relativizada?

Estas cuestiones son fundamentales en nuestra existencia y, a la vez, son de las más desconcertantes. Pero son —y seguirán siendo— piedras angulares de nuestra sociedad. Lo que debemos hacer es aceptar este dinamismo, en vez de abandonarlas por completo. Así, Gardner convierte el toque de atención sobre la situación actual de estas virtudes, en un discurso sobre cómo enseñar estas virtudes a lo largo de la vida, ya sea en el aula o fuera de ella, siguiendo la línea que iniciara desde que, en los años 80, formulara la teoría de las inteligencias múltiples y comenzara a trabajar en su aplicación práctica en el campo de la educación, la cual supuso todo un revulsivo para el sistema de educación escolar en EE.UU. por su acerada crítica a la concepción psicométrica de la misma.

Precisamente porque ni la biología ni la economía aportan casi nunca la descripción definitiva de las acciones, decisiones y pensamientos humanos, nos recuerda Gardner, es por lo que debemos atender con especial cuidado a esos otros aspectos que mejor reflejan la flexibilidad y riqueza de nuestra condición. Así, el enfoque del libro enlaza también con el planteamiento del proyecto «Goodwork», en el que Gardner viene colaborando junto a otros eminentes psicólogos y en el que se subraya la idea de que el buen trabajo

no es, sin más, aquél que resulta técnicamente excelente, sino el que tiene sentido para quienes lo realizan y se lleva a cabo con un compromiso ético de responsabilidad social. Es bueno ser inteligente, desarrollar múltiples inteligencias. Pero es más importante, concluye Gardner, utilizar nuestras capacidades para servir a la sociedad.

Para mis colegas del Museum of Modern Art

AGRADECIMIENTOS

Este libro se desarrolló a partir de una serie de tres conferencias impartidas en el otoño de 2008 en el Museum of Modern Art de Nueva York. Por su apoyo indispensable, quiero expresar mi agradecimiento a Emma Enderby, Pablo Helguera, Glenn Lowry, Jennifer Russell y Wendy Woon. En la mesa de debate tuve el privilegio de contar con la presencia de Peter Galison para hablar sobre la verdad, de Paola Antonelli para hablar sobre la belleza y de Antonio Damasio para hacerlo sobre la bondad.

Mi esposa Ellen Winner leyó atentamente el texto inicial, me aportó muchas ideas interesantes y sugirió el título del libro. Además, por sus útiles comentarios sobre diversas partes del libro, quiero dar las gracias a Eric Blumenson, Michael Connell, George Klein, Tanya Luhrmann, Sara Rimer, Zak Stein, Marcelo Suarez-Orozco, Sandy Thatcher y Steven Weinberg. Gracias al generoso apoyo de Judy y Jamie Dimon y de la MacArthur Foundation, he podido explorar los medios digitales; agradezco en especial la ayuda de John Seely Brown, Jonathan Fanton, Bob Gallucci, Julia Stasch y Connie Yowell. Mi ayudante Kirsten Adam ha sido una colaboradora maravillosa en la preparación de muchos aspectos de las conferencias, así como del libro; sin su ayuda, todavía seguiría trabajando en la redacción. Jessica Creighton, nuestra compañera de despacho, siempre nos ha animado durante este proyecto y nos ha prestado ayuda cuando la hemos necesitado.

En una época en que la edición de libros es un arte en vías de extinción, Lara Heimert hizo varias lecturas atentas y

perspicaces del libro y aportó muchas recomendaciones valiosas. Le estoy muy agradecido. En Basic Books quiero dar también las gracias a Christine Arden, Sandra Beris y Adam Eaglin, por su excelente ayuda en la producción del libro. Y por su increíble apoyo a lo largo de los años, debo un reconocimiento especial a Ike Williams y Hope Denekamp, valiosos agentes literarios y amigos.

HOWARD GARDNER
Cambridge, Massachusetts

PREFACIO

En 1904 Henry Adams, insigne historiador y miembro de la familia más distinguida de la historia norteamericana, publicó por su cuenta un ensayo largo e intrincado (de casi doscientas páginas) con el título *Mont-Saint Michel and Chartres: a study of Thirteenth-Century unity*. Adams consideraba inadecuado abordar las numerosas transformaciones que habían ocurrido desde su nacimiento en 1838: el crecimiento urbano, el auge del transporte de masas, la afluencia de inmigrantes, los asesinatos políticos, los avances científicos como el darwinismo y, sobre todo, las nuevas tecnologías, principalmente los rayos X, la radio y el automóvil. A diferencia de su contemporáneo el novelista Henry James, Adams no optó por volver la espalda a estos procesos inoportunos trasladándose a Europa, sino que prefirió contemplar con nostalgia una época muy anterior: la Europa medieval.

A su modo de ver, la vida en Francia durante los siglos XI y XII representaba un ideal. Y ese ideal lo transmitían o lo encarnaban de forma espectacular las fastuosas catedrales góticas, edificios imponentes donde se congregaban los individuos pertenecientes a diversos orígenes y estratos sociales para orar, contemplar espléndidas obras de arte, oír maravillosas obras corales y elevarse espiritualmente. Las catedrales atestiguaban una valiosa unidad en la vida. La entidad abstracta —la Iglesia— y su realización física —la catedral— representaban un mundo al que todos debían aspirar. Ese mundo era verdadero en virtud de la palabra de Dios. Era una construcción bella y majestuosa creada

por el hombre a imagen de Dios. Era buena, pues con la inspiración de la Iglesia y los ejemplos de Cristo y de los santos, el pueblo podría llevar una buena vida. En un pasaje característico, Adams adopta un tono ditirámico:

Todo el Monte encerraba el estilo grandioso; representaba la unidad de la Iglesia y el Estado, Dios y el Hombre, la Paz y la Guerra, la Vida y la Muerte, el Bien y el Mal; resolvía todo el problema del universo. [...] Dios lo reconcilia todo. El mundo es una evidente armonía sagrada. [...] Uno la contempla como una imagen; un símbolo de unidad; una reafirmación de Dios y el Hombre en la unión más estrecha y fuerte expresada jamás en las artes^[1].

Como si la comparación con su propia época no estuviera suficientemente clara, Adams lo formula con otras palabras: «Lo que pueden hacer los siglos es expresar la idea de una manera diferente: un milagro o una dinamo; una cúpula o una mina de carbón; una catedral o una exposición internacional».

Casi un siglo después, en 2010, el novelista con ínfulas de ensayista David Shields publicó un libro titulado *Reality hunger: a manifesto*. Este libro, sin duda más difícil de describir que el de Adams, está estructurado en veintiséis capítulos, cada uno de ellos identificado con una letra del alfabeto y un título conciso, y está constituido por 618 sátiras de extensión variable, desde pocas palabras hasta más de una página. Los ámbitos temáticos abordados son muy amplios —desde la escritura hasta la memoria, la comunicación o la política— y la ordenación de las sátiras semeja arbitraria o incluso aleatoria.

La peculiaridad del libro radica en que todo su contenido es una colección de citas de otros autores. El lector atento o informado paulatinamente infiere que gran parte

del texto es de autoría ajena; pero en la mayoría de los casos no está claro quién es el «yo» o el «nosotros» que escribe las palabras ni cuáles son los libros o las obras literarias a los que se hace referencia. Sólo al final del libro, el autor que se atribuye el mérito de la obra, Shields, declara lo que ha hecho y por qué, y a continuación, no sin cierta renuencia, a instancias de los abogados de Random House, aporta decenas y decenas de notas, indicando las fuentes de casi todas las citas.

Para entonces, los lectores como yo desconfían de sus intenciones. Si nos han llevado por un camino engañoso durante doscientas páginas, ¿por qué vamos a creer súbitamente al autor? Y, de hecho, casi todas las citas ponen en tela de juicio qué es la verdad, si es posible alcanzarla, si es relevante. Veamos algunos ejemplos:

La esperanza de vida de un hecho decrece; no creo que estemos a tiempo de evitar su muerte.

Los mejores relatos son verdaderos.

Una cosa puede ser verdadera y falsa a la vez.

Es difícil distinguir lo que ocurrió de lo que parece que ocurría^[2].

Siento el impulso de citar el libro de Shields a la luz de la trinidad que inspiró a Henry Adams. Como estudioso de la realidad, debo preguntar: «¿Hay algo verdadero en el libro de Shields?». Como estudioso de la moralidad, debo preguntar: «¿Es bueno publicar un libro que en realidad es una sucesión de citas, inicialmente no reconocidas como tales?». Y como estudioso de las artes, debo preguntar: «¿Esta obra es bella?».

En principio, el libro de David Shields podría haberse escrito en cualquier época; sin duda, en tiempos de Henry Adams, y tal vez incluso en la Edad Media. Sin embargo, es

irrefutablemente una obra de nuestro tiempo. Representa los sentimientos de la posmodernidad: el empeño inquebrantable de cuestionar todo concepto de virtudes impecables. Y encarna deliberadamente las prácticas del collage, el refrito y el pastiche, facilitadas por los nuevos medios digitales.

Ambos libros —y sus respectivos autores— ejemplifican el problema que abordaremos en los próximos capítulos. Ya no es posible (si es que alguna vez lo fue) aceptar conceptos como la verdad, la belleza y la bondad sin un estricto análisis, o tal vez sin escepticismo. Y sin embargo, al menos algunos —o quizá la mayoría— queremos conservarlos de una forma válida.

Así pues, mi objetivo en este libro es doble: por una parte, pretendo definir la verdad, la belleza y la bondad en nuestro tiempo y, por otra, explicar cómo podemos alimentar estas virtudes en lo sucesivo.

Capítulo 1

LAS VIRTUDES Y LOS DESAFÍOS

Aquí estoy, sentado en mi estudio de Cambridge, Massachusetts. En esta mañana preciosa y fría de enero entra el sol por la ventana que tengo a la izquierda. Encima de la mesa hay una caja con un juego de cartas, cada una de las cuales contiene una reproducción de un cuadro impresionista conocido. El libro en el que estoy trabajando —y que ahora lee usted— tiene dos finalidades. En primer lugar, está concebido para ayudarnos a reflexionar sobre el estatus actual de las tres virtudes humanas esenciales: la verdad, la belleza y la bondad. A la luz de este replanteamiento, ofrezco sugerencias a los padres, a los profesores y a otras personas, incluidos nosotros mismos, que sopesamos cómo educar a las siguientes generaciones.

Las frases que acabo de escribir parecen inobjetables, al menos para alguien que no sea un filósofo avezado. De hecho, ejemplifican lo que denominaré las virtudes clásicas. Las declaraciones son verdaderas: es enero, estoy sentado en mi estudio, etc. Me refiero a cuadros de artistas como Claude Monet y Edgar Degas, obras de arte que se suelen considerar bellas. Y he citado los objetivos de mi ejercicio literario: analizar detalladamente ciertos aspectos nucleares y ofrecer recomendaciones educativas bien fundamentadas; dos empresas que se suelen considerar buenas.

Supongamos que estas declaraciones —y los sentimientos que encierran— fuesen tan poco problemáticas como he señalado. Sería fácil elaborar este libro; de hecho, podría concluir aquí. Y, en efecto, en la vida solemos dar por

sentadas estas virtudes. Suponemos que es «verdadera» la mayor parte de las cosas que oímos en boca de otros, que captamos en los medios o que percibimos con los sentidos. Apenas podríamos desempeñar nuestras funciones si dedicásemos tiempo a cuestionar todas y cada una de las señales que captamos a través de los sentidos o de la psique. Asimismo, independientemente de que mencionemos o no la palabra *belleza*, nuestras decisiones reflejan una sensibilidad estética. Valoramos determinados sonidos y visiones por encima de otros, gravitamos en torno a determinadas escenas y experiencias al tiempo que evitamos otras, y cuidamos nuestro aspecto, así como el de los humanos (y mascotas, jardines, comedores, comidas) de cuya presentación nos sentimos responsables. Y además está la cuestión de nuestras relaciones con otras personas, y nuestra evaluación de las conductas ajenas, tanto las de las personas que conocemos como las que extraemos de los medios informativos, la historia o la literatura. Raras veces dudamos en juzgar unas como buenas, otras como malas y la mayoría como una amalgama indeterminada. Apenas podríamos sobrevivir —apenas lograríamos llegar al final del día— si no navegásemos, al menos de forma implícita, entre lo verdadero (y lo que no es verdadero), lo bello (y lo que no es bello) y lo bueno (y lo que no es bueno). ¡Inténtelo!

Sin embargo, las virtudes clásicas sufren los embates de nuestra era. En Occidente, los conceptos de lo verdadero, lo bello y lo bueno sufren desde hace varias décadas una presión considerable, tal vez sin parangón, procedente de dos ámbitos inesperados, ambos bastante nuevos: las ideas que describimos como posmodernas y los poderosos medios digitales, en creciente expansión.

Desde una perspectiva —la filosófica—, la crítica posmoderna surgida de las humanidades ha cuestionado la legitimidad de este trío de conceptos (en lo sucesivo, *el trío*). Según este planteamiento escéptico, la valoración de lo que es verdadero o bello o bueno sólo refleja las preferen-

cias de quien ejerce el poder en un determinado momento; en un mundo relativista y multicultural, lo máximo a lo que podemos aspirar son conversaciones cívicas a través de líneas divisorias a menudo irreconciliables. Y así, por ejemplo, los posmodernos moderados podrían cuestionar mi caracterización del arte impresionista como bello, afirmando que me dejo influir por una visión de la pintura que, debido a un conjunto accidental de circunstancias, ha llegado a prevalecer en los libros de texto. Los posmodernos más agresivos descartarían por completo el término *bello*, con el argumento de que es un concepto carente de significado o algo más venal, a saber, un modo de insinuar que me arrogo el derecho de determinar el mérito artístico. También tildarían de arrogantes, subjetivas o carentes de significado mis afirmaciones sobre la verdad y la bondad^[3].

Desde una perspectiva bastante diferente —la tecnológica—, los nuevos medios digitales han dado lugar a una situación caótica^[4]. Gracias a su predominio, nos encontramos con una mezcla de argumentos y contraargumentos; una mixtura inusitada de creaciones, constantemente revisadas; y un paisaje ético confuso, carente de regulación y en gran medida inexplorado. ¿Cómo determinar lo que es verdadero, si cualquiera puede cambiar en cualquier momento una afirmación publicada en la Wikipedia sobre quién soy y qué hago? ¿O si todos podemos presentarnos en las redes sociales con la identidad que escojamos? ¿O si los blogs pueden afirmar sin pruebas y sin consecuencias que el actual presidente de Estados Unidos nació en Kenia? ¿Cómo se puede determinar lo que es bello, si una fotografía de un maestro reconocido puede retocarse hasta la saciedad con Photoshop, o si la valoración de las obras de arte establecida mediante el voto mayoritario tiene más peso que la que ofrecen los expertos? ¿Cómo se puede alcanzar la bondad —el correcto proceder— si es tan fácil divulgar rumores infundados sobre la vida privada de otra per-

sona, o si casi todo el mundo se descarga música aunque sea técnicamente ilegal?

A pesar de que las críticas posmodernas y los medios digitales tienen orígenes e historias independientes, constituyen una alianza fuerte y poderosa. Cada una de esas dos fuerzas por separado suscita inquietud a quienes valoramos la verdad, la belleza y la bondad; tomadas en conjunto, desconciertan hasta a los que están más convencidos de ellas. En este libro defiendo firmemente la importancia o incluso la vitalidad esencial de este trío. Y, aunque no pretendo afirmar que sean sus únicos agentes desestabilizadores, me propongo abordar en serio las amenazas que para dicho trío suponen la posmodernidad y los medios digitales. Confío en que el análisis resultante revele el «núcleo esencial» de estas virtudes, nos ayude a conservar ese núcleo en nuestro tiempo y nos sugiera la mejor manera de transmitir dichas virtudes a las próximas generaciones.

¿Por qué «debemos» preocuparnos por lo verdadero, lo bello y lo bueno? ¿Y por qué nos preocupan? ¿Por qué nos preocupan tan profundamente? Tal preocupación es fundamental para nuestra condición humana, y así ha sido durante miles de años. Los primeros humanos mostraban una inteligencia maquiavélica: se engañaban mutuamente mediante palabras o actos que sólo son posibles si otro miembro de la especie no tiene acceso a lo que la primera persona cree verdadero. Aquellos humanos también se acicalaban, decoraban las tumbas y, de manera espectacular, las paredes interiores de las cuevas donde practicaban ritos, así como incipientes (y tal vez excelsas) manifestaciones de la belleza. Y mientras se erigían estatuas para conmemorar a los héroes humanos y divinos, se establecían castigos brutales e inmediatos para quienes infringían las normas del grupo, para aquellos que cometían actos considerados infames. Desde la noche de los tiempos, todas las civilizaciones conocidas han desarrollado una concepción de las declaraciones que son verdaderas y falsas; de las experiencias

que son bonitas, feas o banales; de las acciones y relaciones humanas que se consideran buenas, comprometidas o rotundamente malvadas.

Los seres humanos alcanzaron un hito crucial cuando empezaron a hablar o escribir explícitamente sobre estas virtudes y sobre su carencia. En los textos fundacionales de la Biblia hebrea, las Analectas de Confucio o los Upanishads védicos encontramos referencias elocuentes a las verdades importantes, ejemplos de palabras e imágenes hermosas y una clara identificación del bien y el mal. Y un momento fundamental llegó cuando los filósofos de Atenas —fundamentalmente Sócrates, Platón y Aristóteles— expusieron sus definiciones de la verdad, la belleza y la bondad, así como de lo que significa una vida guiada por este conjunto de virtudes. (El filósofo Alfred North Whitehead se situaba dentro de los límites hiperbólicos aceptables cuando escribió: «La caracterización general más certera de la tradición filosófica europea es la que consiste en una serie de notas al pie a los textos de Platón»^[5]).

En algunas épocas, la definición y la delimitación de estas virtudes no eran fruto del debate, sino que venían dictadas desde arriba. Los regímenes autoritarios o totalitarios cuestionan la continua exploración de las tres virtudes, porque los déspotas como Stalin, Mao o Hitler afirman que tales cuestiones están claramente definidas e intentan acallar las voces discrepantes. El escritor George Orwell pensaba en tales sociedades cuando, en su distópica novela *1984*, el Ministro de la Verdad declara: «La Guerra es paz, la Libertad es esclavitud»^[6].

Aunque siempre prevalece el interés por la cuestión, las virtudes han sido objeto de un intenso debate en las sociedades más vitales. ¿Es innato el conocimiento de la verdad, según se desprende de las preguntas de Sócrates dirigidas a un esclavo, o viene establecido por el tipo de observaciones y clasificaciones a las que llegan los observadores cul-